

EL DELIRANTE MUNDO DE ALICIA (CAP DEL 1 - 4)

María Jimena Guzmán Pacheco

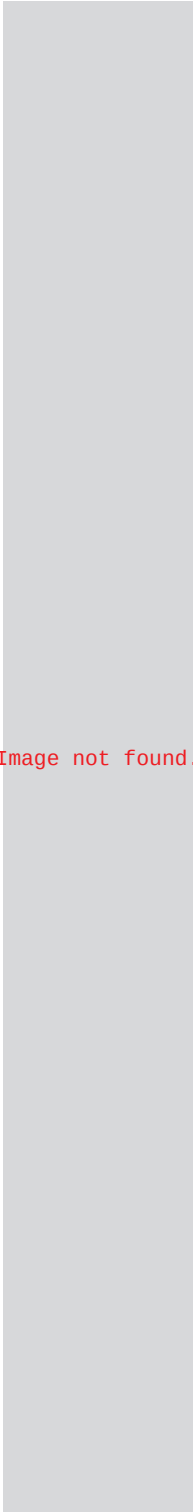


Image not found.

Capítulo 1

Preámbulo.

Me parece que aunque sea un cliché comenzar la historia diciendo que fui tras de un conejo blanco, haría que cualquiera descubriese lo que podría existir detrás de este relato, sin embargo no quisiera influir en la curiosidad del lector, y más bien, trataré de relatarles la verdad de lo ocurrido.

I

El día que comenzó todo me encontraba sentada en el sofá verde que mi tía, Alicia Reedlle, había adquirido en una compraventa en remate. La tela desgastada del mueble no daba signos para que aquel vejestorio hubiese sido un acto decorativo en alguna época. Además el relleno de los cojines parecía como si se hubiese esfumado, ya que no quedaba dentro de éstos nada más sino una fina capa de esporas llenas de ácaros. Mi tía estaba muy orgullosa del resultado que le daba aquel sofá al extravagante estilo en que decoraba su peculiar vivienda. "El verde es sinónimo de vida, de naturaleza", me decía convencida mientras que yo siempre le refutaba que el polvo de aquella forma de pensar, haría que contrajese alguna enfermedad pulmonar, y aunque ya me había ofrecido varias veces para realizar la limpieza, ella se empeñaba en llevarme la contraria y siempre darme una rotunda negativa. Me encantaba estar con ella en su insólita morada llena de cachivaches procedentes de épocas remotas y lugares insólitos. Era una persona de exquisitos modales, cualidad que siempre había rondado entre nuestra familia, a pesar de que la sociedad moderna más bien veía esta facultad como un acto de soberbia ante los demás. No era para nada anticuada ni una loca delirante, ni una vieja acaparadora que guardaba todo lo que llegara a sus manos, no, todo lo contrario. Mi tía aún no llegaba a los 60 años, pero ya tenía bastantes canas en su cabeza que se ordenaba y peinaba cada día a su gusto. No sé lo que haría yo si a pesar de tener un rostro tan bello como el que aún tenía ella a su edad, con muy pocas arrugas casi todas causadas por acontecimientos de alegría y euforia, no me pintara el cabello con algún tinte negro, rojizo, o de cualquier otro tono para menguar aquel signo del envejecimiento. Sin embargo, ella no era como las demás personas. Nunca se quejaba de nada, no tenía esa horrible costumbre de criticar a cualquiera que se le pasare por el frente, cocinaba delicias al paladar y hablaba siempre con dulzura. Si la había visto una o dos veces de mal genio, me parecía que había tenido su justificación, pero por lo demás ella siempre sonreía y se portaba como una niña. Esto nunca cambió, más bien yo fui la que cambié con los años. Antes, cuando yo salía del colegio para su casa jugábamos toda la tarde hasta que ella me preparaba una cena con la que me

repletaba, luego de eso, mi padre pasaba por mí en su coche para llevarme a casa. Siempre amanecí en mi cama debajo de una gruesa colcha, sin zapatos y aún con el uniforme puesto. Pero ahora yo ya no era más una niña, era una universitaria, con demasiadas responsabilidades como para detenerme a jugar con aquella mujer extravagante.

—Tienes que dejar que te ayude a limpiar un poco el polvo— le dije de nuevo acomodándome mejor dentro de ese incómodo mueble.

—No querida— me contestó con dulzura.

—Pero tía, ya ni se puede respirar bien aquí dentro.

—No encanto— repitió.

La miré a los ojos. “Verdes” pensé mientras ella pasaba de un lado a otro cargando con un montón de sábanas blancas recién lavadas, deteniéndose de vez en cuando para sonreírme sin motivo.

La vi subir las escaleras y me decidí. Me levanté y me dirigí hacia las ventanas, las abrí de par en par para que entrara aire fresco aprovechando el buen día que hacía y respiré hondo. Era bueno que mi tía viviera a las afueras de la ciudad donde no llegaban las grandes nubes de polución de las que ya me había acostumbrado. Agarré un plumero que había estado abandonado sobre la chimenea de ladrillos entre bolas de cristal navideñas, y comencé a quitar toda clase de suciedad de encima de las estanterías llenas de libros, las cornisas, los candelabros, las alacenas repletas de platos con diseños de peces japoneses y dragones alargados como serpientes. Por cada rincón pasé el plumero quitando además, varias telarañas abandonadas y secas. Cuando hube terminado de remover todo lo que estuviera al alcance de mi mano, fui a un armario y tomé una escoba con el aspecto de haber sido usada por una bruja de película, y comencé a recoger los montoncitos que había hecho a lo largo de mi recorrido con el plumero, mientras que hacía a un lado todos los muebles y cachivaches que impedían el paso de la escoba. Inspiré aliviada. Todo ya se sentía mucho mejor, sin embargo sabía que si mi tía bajaba y encontraba todo como yo había logrado que quedase, iba a pegar el grito en el cielo. Por esta razón, me asomé a las escaleras para ver u oír rastro alguno de sus pisadas. Nada, solo un silencio tranquilizador. “Bueno, ¿qué más da?” me dije. Levanté la suciedad con el recogedor y la deposité en una gran papelera adosada a una pared de la cocina.

Mi tía en verdad no se daba cuenta de que por fuera de su casa existía otro tipo de orden del cual ella no estaba consciente.

Los platos limpios no reposaban en su sitio, sino que se apiñuscaban unos encima de otros sobre un mesón adornado por flores grabadas en la

madera oscura. El tazón de frutas que debería estar sobre la mesa del comedor al alcance de cualquiera, reposaba dentro del lavaplatos. La esponja y la crema limpiadora descansaban en el suelo casi al pie de la portezuela del horno, mientras que los trapitos aislantes del calor yacían dentro de una cazuela colgada a la puerta de la nevera por medio de un ganchito imantado. Me fijé con alegría que mi tía aún conservaba los torpes dibujos de mi infancia alineados perfectamente en un orden cronológico obsesivo por la totalidad de las paredes. Aunque mi tía se pusiera como loca, colocaría los platos dentro de los espacios destinados a éstos, el tazón junto con todas sus frutas lo pondría a la mesa del comedor, la esponja y la crema limpiadora reposarían a un lado del lavaplatos, pero a los trapillos aislantes no me atrevía a moverlos, ya que no se me ocurría un mejor lugar para colocarlos que en el que estaban.

Una puerta bien barnizada color hueso con ventanitas, hacía parte de una de las paredes y daba a un patio iluminado en su totalidad, y dentro de un tarrito plástico volcado al pie de ésta, como si fuesen pinceles desparramados, había un manojo de llaves. Las levanté. “Las del coche, y al parecer las de las cerraduras de todas las puertas de la casa”, pensé observándolas. De repente una llave captó mi curiosidad. Era extraña— como la mayoría de las cosas en esa casa—, pero al ver esa llave recubierta levemente de un polvillo azul, se me disparó la curiosidad y un impulso frenético me dominó ante la expectativa de averiguar qué cerradura abriría aquella llave. Dejaría para después el arreglo de la cocina.

“Es una llave demasiado pequeña como para que quepa en la cerradura de una puerta común y corriente, entonces, solo puede abrir una puerta pequeña”, pensé, mientras trataba de hallar una solución. “Pero podría también ser la llave de un cofre, de un baúl, o de una cajita”, se me ocurrió de repente. Si ese era el caso, iba a resultar mucho más difícil encontrar el lugar preciso en donde entrara aquel metal, pero no me daría por vencida. La casa estaba llena de cosas maravillosas, y sería mejor descartar cualquier posibilidad de éxito mientras me encontrara en la primera planta, y no pasar nada por alto antes de subir las escaleras y continuar. De todos modos, si no llegaba a resultar nada de lo que se me ocurriera, de alguna forma me las arreglaría para preguntarle a mi tía de qué iba toda esta cuestión en cuanto ella acabara con sus labores.

Estaba segura que dentro de la cocina no habría nada parecido a una cajita, ni siquiera una de galletas, así que no malgastaría el tiempo allí. Nunca habían estado cerradas las puertas de las habitaciones, ya que mi tía creía que de ser así, el poco aire que circulaba, no tendría a dónde ir, y se arrellanaría cómodamente haciendo que casas como ésta, se llegaran a convertir en lo que eran, viejas y pasadas de moda con sus cimientos podridos y la madera llena de hongos y moho. “No creo que falte mucho para que se vengán abajo cada una de las vigas del techo, e incluso las ventanas”, pensé con pesar porque sabía que si mi tía no era consciente

de esto, y no llegaba a alguna clase de arreglo con un contratista ególatra y bufón, ella tendría que vender y mudarse a otra parte, y seguramente terminaría en un apartamento pequeño, común y corriente, en donde una enfermera celosa de la personalidad de mi tía, la hiciese sentir achacada y arruinada. Así que sin pensármelo más, yo me encargaría de solucionar esto por ella. "Será un buen detalle aunque no pueda costear todos los gastos que seguramente correrán por su cuenta, pero me agradecerá cuando vea el resultado".

Recorrí ilusionada cada una de las habitaciones buscando cualquier tipo de indicio, cualquier anomalía, o lo más improbable, una puertita secreta. Nada. Zapatos desparramados en el fondo de un armario y muchos otros metidos de cualquier manera entre un par de enormes jarrones. Un montón de ladrillos sobrantes de la construcción de la chimenea estaban arrumados sobre el hundido colchón de una de las camas de un camarote que jamás cumpliría con su función, ya que mi tía nunca se había casado y no había tenido hijos. La quería demasiado, y me entristecía un poco el hecho de no saber si ella ya había logrado aceptar su situación, o si aún pudiera conservar la esperanza que ya se le había esfumado hace mucho tiempo. Junto a la ventana había una alfombra persa enrollada y atada por una fuerte sogá, dando la impresión de que en cualquier momento se lograría soltar, y podría volar a sus anchas por la estancia. Mi tía nunca la había extendido, solo estaba ahí, y ahí se quedaría. Salí. En otra habitación encontré una serie de cubos de colores y texturas inimaginables que estaban ordenados en forma de pirámide, y que para mí, no tenían ningún sentido. Sobre un mostrador, abierto de par en par, había un tablero de ajedrez, que exhibía sus cuadros negros y blancos, pero no había rastro alguno de sus piezas. También había un móvil casero, hecho a partir de unos ganchos de ropa que aprisionaban algunas de las cartas de una baraja incompleta e inexistente, que reposaba inmóvil colgando del techo. "Cinco, jota, az, siete, qu, ocho, tres, nueve y dos", conté respectivamente, pero ninguna cerradura. Ya no quedaban muchas opciones en el primer piso. Lo último que se me ocurría, era probar la cerradura de una puerta pequeña bajo las escaleras que salvaguardaba el resto de escobas, traperos y cubetas, que muy pocas veces se habían llegado a usar con el propósito de limpiar. "Es totalmente innecesario". De inmediato me di cuenta que la cerradura era demasiado grande, y ni siquiera hice el intento de hacerla girar. Me senté sobre el primer escalón luego de cerrar la puertita de madera y esperé unos minutos a que dieran las doce de la tarde en punto, para evitar que el estruendo de todos los relojes sincronizados me tomara por sorpresa. Campanillas, golpeteos secos, y uno que otro *cu-cu, cu-cu*, sonaron a mi alrededor importunando el espacio del silencio. Subí las escaleras tapándome los oídos y dejando atrás mi reloj favorito. Un gato sonriente bastante colorido que movía sus ojos de un lado para otro al vaivén de su cola. En el segundo piso, el orden estaba un poco mejor, y ya no había tantas cosas apiñuscadas o incrustadas dentro de los muros o las estanterías. La casa era pequeña, por lo que sólo contaba con tres

habitaciones, todas en la segunda planta. Una de esas, era la que mi tía había utilizado cuando era pequeña, y era la única que aún se mantenía intacta. Si le sacase una fotografía en este preciso momento con una máquina de retratar, no sería diferente en ningún aspecto de las otras pertenecientes a la época. Un gran ventanal con el marco de madera, le daba una sensación de espacio y tranquilidad mientras que le brindaba una buena iluminación. Era muy agradable. Las cortinas estaban en muy buen estado junto con el delicado velo detrás de éstas, y caían virtuosamente hasta el suelo de madera. La cama situada cerca de la ventana, era la de una niña de nueve o diez años. Yo había usado una parecida a la misma edad, pero la mía no contaba con tan exquisita madera barnizada, y la delicada cabecera adornada por enredaderas y flores aquí y allá. Era un muy bonito recuerdo para mi tía, y combinaba a la perfección con el tocador y su banquito. Todo era muy pequeño, obviamente. Sobre el mostrador del tocador, aún estaban colocados los juguetes de una pequeña princesa. Un cofrecito delicado que contenía joyería plástica de colores estaba junto una cajita de música con una bailarina de ballet con su lindo tutú de seda, y un conejito blanco de porcelana elegantemente vestido con su camisa, chaleco y mascada. En ese momento anhelé haber tenido todas esas cosas tan bonitas y que hoy en día no existían, ya que ahora no confeccionaban nada tan especial. Corrí el banquito y me senté imaginándome cómo haría sido jugar en este mismo cuarto aprovechando la ausencia de televisión y videojuegos, solo yo y mi imaginación, pero la ilusión se esfumó cuando me vi reflejada en el espejo. "Ojalá pudiese...", suspiré sin llegar a terminar la frase.

¡Qué decepcionante!". Toda aquella búsqueda y el hallazgo insólito habían resultado en un total fraude. Parecía no haber una cerradura lo suficientemente chica para esta llave.

El desasosiego y la desilusión, causaron en mí una reacción en cadena, que seguramente desembocaría en el retorno a las labores de limpieza, sin embargo, al momento de levantarme, empujé accidentalmente aquel conejito de porcelana contra el espejo. Mantuve la esperanza de que con aquel golpe no se fuese a astillar, pero para mi sorpresa, ningún ruido de caída se produjo. Miré sobre mi hombro para ver a dónde habría ido a parar, pero ni en los alrededores del tocador, o de la cajita de música estaba. Incluso me atreví a buscar dentro de los cajones, por ilógico que resultara.

Reflejado en el espejo, tumbado en el suelo, lo hallé. Me dispuse a recogerlo con la total naturalidad con la que uno alza un objeto inanimado, pero me di cuenta de que allí no había nada. Volví a mirar en el reflejo. "¡Pero si ahí está!", me dije enfocando aún más la vista, ya que a menudo me recordaba que tenía que ir al oculista para revisármela. "¿Pero qué...?!". No pude ni terminar mi pensamiento al ver que a la porcelana se le había comenzado a resquebrajar la cubierta. Una vez llena de grietas por todas partes, y con los movimientos propios de un roedor,

me pareció que aquel conejo se enderezaba, y con una fuerte sacudida, terminaba por quitarse de encima aquel revestimiento de cerámica. Desparrramados por el suelo, los trozos que quedaron parecían los restos de la cáscara de un huevo eclosionado. No me lo podía creer. Aquel ser aún mantenía en mismo tamaño y forma, tal como la porcelana que siempre había estado sobre el tocador durante todos y cada uno de los años en los que había visitado a mi tía.

Aquel ser dio unos cuantos brincos mirando a su alrededor con la curiosidad innata de un ser vivo. Cuando se dio cuenta de que podía moverse con total libertad, se alzó sobre sus patas traseras para peinarse luego de arreglarse el chaleco, la camisa, y desatándose un poco el nudo de la mascada que de seguro le debía de apretar bastante. Habiendo hecho todo esto, el animalito sacó del bolsillo de su chaleco un reloj elegantemente revestido de oro, le dio cuerda, escuchó atentamente el palpar afirmativo de su andar, y sin ninguna molestia, me miró fijamente a través del espejo haciéndome señas con una de sus patitas para que me reuniera con él, no sin antes sacar la llave de la cerradura. Alcancé solo a parpadear un par de veces antes de quedarme con los ojos casi desorbitados, cuando el mamífero levantando una ceja se volteó y desapareció de la habitación dando pequeños saltos.

“¿Agrieras?”. Me toqué el estómago. “¿Acaso un par de tostadas con mantequilla, chocolate y algo de fruta pueden causar tal reacción química con consecuencias alucinógenas?”. Eso nunca me había ocurrido. “¿Imaginación?”. Tal vez, pero eso era algo que siempre había cultivado a pesar de que esta situación estuviese entre el límite de la realidad y la fantasía.

Las cosas eran así de momento. Primero; podía seguir adelante con todas las cosas que una chica normal debía hacer, y segundo; arriesgarme a quedar en ridículo cuando tratara de cruzar por donde me había indicado aquel animal y golpearme en la frente contra el espejo. “Cuentos, historias de amor y aventuras...”, pensé mientras guardaba la llave en el bolsillo del jean. Por un momento estaría bien que la vida fuera algo totalmente inesperado, algo a lo que todos le temen, por lo que no se atreverían a poner un pie en el borde del acantilado para ver qué hay allí abajo. “¡Lo haré!”, me dije tomando impulso para cruzar del otro lado, e imaginé cómo debían de ser las cosas si todo lo que uno sueña fuese real. Menos mal que el tocador era pequeño- salvo por el espejo- porque de no serlo, habría tenido que brincar como un cabrito sobre la sillita para quedar junto a la cajita de joyería y a la bailarina. Cerré con fuerza los ojos y acerqué lentamente la mano a la superficie del espejo, que se mantenía íntegramente sólida y sin ninguna rajadura.

¿Saben cómo se siente viajar por un agujero de gusano? ¿No? Pues eso sería lo único que se me ocurriría para explicar lo que me pasó cuando atravesé el espejo. Cruzar la barrera del espacio-tiempo a más de 3.000

años luz, resultó siendo para mí algo tan increíble, que la reacción que tuve después, me bastó para cuestionarme qué había ocurrido. Todo pasó tan deprisa pero a la vez tan nítido, que parecía mentira. Al parecer no me había movido de donde estaba. Mi mano aún se mantenía a milímetros de la superficie del espejo y nada daba la apariencia de haber cambiado. Pero yo sé que ya no estoy en la misma habitación. Fue como haber muerto, flotar un instante a millones de kilómetros de mi misma, y haber caído con la fuerza gravitatoria suficiente como para aplastarme cada uno de mis órganos mientras me diluía entre miles de colores y brillos. Fue como formar parte de un todo, de cada partícula, de cada átomo, protón y neutrón. Luego, al regresar, solamente sentí una tranquilidad infinita para ver mi reflejo como algo etéreo, extra corporal, porque yo, ya no era yo.

“Magia”.

II

Estando ya con los pies sobre el suelo, me detuve sólo por un momento para investigar con mis sentidos el pequeño reguero de cerámica, consiguiendo que los restos pareciesen totalmente sólidos y suaves al tacto, tan auténticos a mi vista como siempre había sido aquella porcelana cuando estaba completa.

Ahora, y sin prestarle mucha atención al contenido de la habitación, puesto que era un reflejo exacto a la original, no guardé muchas esperanzas en lo que podría haber fuera de ésta. Me limité a salir caminando despacio y con precaución, pero algo extraño en el ambiente me hacía considerar que estuviera en la luna. Con cada paso que daba, tenía la sensación de flotar por un minúsculo instante, y luego volver a caer con delicadeza para dar otro más. Así fue como sucesivamente salí de la habitación y bajé las escaleras con presteza.

“Ya no estoy en casa”, pensé mirando con horror el esmerado orden y el alto grado de limpieza en el que se encontraban todas las cosas. Sólo lo indispensable que cualquier vivienda tendría en su interior, muy contrario a como en realidad era la situación que yo había presenciado siempre en casa de mi tía. “¿El reflejo... no es el reflejo?”. El impulso que llevaba no me permitió detenerme a ver más de aquellas estancias, ya que salí disparada por la puerta que se encontraba abierta, como si nunca nada malo fuese a entrar. Ya una vez fuera, a mis pies estaba aquel animalito esponjado que me miraba con desolación el exterior.

—Todo ha cambiado mucho realmente —dijo sin ningún afán. —Esto es peor de lo que me había imaginado —continuó mientras se volteaba para mirarme directamente a los ojos sin ningún temor. —¿Qué día es hoy?

—Diecisiete... —respondí con un hilo de voz. Pero no me detuve allí, ya que sabía que me escudriñaba como buscando un esclarecimiento más

extenso.— de marzo de 2013.

—Me demoré demasiado en volver —dijo suspirando con pesar.

“Ahora sí entiendo por qué los animales no hablan. Pues... ¿cuál sería la manera más adecuada de responderles?”, pensé sin desviar la mirada de sus brillantes ojos.

A pesar de estar como patidifusa, le encontré sentido al desasosiego del conejo. Se podía apreciar a simple vista la devastación causada en el terreno. Algún incendio había consumido por completo la flora, dejándola reducida nada más que a carbón, y poniendo al descubierto los esqueletos de los árboles que pudieron haber vivido más de mil años allí. Parte de esta gran pérdida no sólo era la vegetación, sino los restos de un pequeño grupo de casas circundantes a la de mi tía, que evidentemente estaban en espantosas condiciones. Para ser franca, y a decir verdad, no se trataba de nada más sino de un montón de escombros de los que aún se desprendían trazos de vigas, tejas, ladrillos y cristales, además de ciertas cenizas de papel de alguna de las bibliotecas que habían sido arrasadas. La tierra en sí, era más la huella de un barrizal que parecía ya estar fosilizado como si fuese lava seca. Nada brotaría de nuevo de ella. Creía estar en casa viendo uno de esos programas en los que se mostraban secuencias de las imágenes de alguna clase de guerra. Pero esto era en directo, como si hubiese retrocedido en el tiempo por lo menos unos setenta años, y estar sobre los remanentes de un campo de batalla.

—Algunas de las trincheras aún están en pie —dijo mi pequeño interlocutor descendiendo por la pendiente que separaba la casa de mi tía de las demás, sin esperar a que yo me incorporara.

“Después de este desastre, está casi intacta”, me dije al ver el reflejo de lo que era esta casa con la pintura de la fachada decolorada, y pequeños hoyos en las paredes, pruebas de los únicos signos de maltrato, en conjunto con uno que otro cristal roto.

Me cercioré de seguir al conejo de cerca ya que él de seguro conocía a dónde íbamos. Casi no se podía estimar lo que hubiera podido existir antes de lo que quedaba de aquella deprimente villa. La atmósfera resultaba asfixiante, así que me tapé la nariz y la boca con la manga de mi suéter púrpura, que obviamente, era lo único con color ante la aparente palidez del sitio por el que cruzábamos.

Estuvimos caminando un poco por entre las calles abandonadas, avanzando ágilmente sobre los adoquines destruidos, y cruzando por entre los fantasmas de las tiendas de víveres que ciertamente habían sido saqueadas.

No nos dijimos nada. Él solamente seguía adelante como queriendo salir de una vez por todas de esos malos recuerdos que lo atormentaban, mientras que yo tenía que guardarme todas mis dudas para después, puesto que era obvio que no era el mejor momento para formular ciertas preguntas molestas, cuyas respuestas sólo podrían venir del conejo que no daba ni la más mínima señal de agradecimiento hacia mí por haberlo traído de vuelta.

En dado momento, giró inesperadamente hacia su izquierda dando un par de saltos sobre un gran objeto de metal bastante corroído por el óxido. “¿A mí también me va a tocar hacer lo mismo?”, me pregunté mientras trataba de hacerlo, pero lograrlo no era nada fácil. Reconocí inmediatamente aquello que no me dejaba cruzar a pesar de que el obstáculo estuviese boca abajo. “Un tanque de guerra, ¿aquí?”. No tenía ninguna duda. El resultado de la magnitud de este desastre lo podía prever. “De seguro encontraremos muchos más a dónde vamos”. Y no estaba equivocada. Tal catástrofe no la podía provocar nada más que las máquinas que la humanidad había construido, ¿pero cómo habían llegado hasta aquí? El caos que había ocurrido aún se podía revivir con solo mirar detenidamente las huellas de las explosiones que habían quedado sobre los muros esqueléticos que se erguían con derrota.

—¡Deprisa! —me urgió la voz del conejo desde el otro lado.

Como pude, me así fuertemente al frío cañón, y como si tuviera la habilidad de un atleta olímpico, me impulsé para lograr subir y ponerme en pie sobre las cadenas de oruga que resguardaban las ruedas de aquel artillugio. “Es sorprendente”. Me sentía aterrada pero al mismo tiempo, abrumada y extasiada al verme envuelta por esta hecatombe. No podía evitarlo. Era justo como mi abuelo lo había descrito en sus relatos de batalla. Algo como un sentimiento triste y maravilloso que se arremolinaba en mi interior, al tratar de revivir tal impotencia y enajenación. Así que por unos segundos logré sentirme parte de esta guerra. “Increíble”, me dije pensando con un nudo en la garganta. La destrucción forma parte de nuestro mundo, solo esperaba que no fuese algo permanente. “La esperanza no se evapora, y si lo hace, cuando se condense. Lloverá muy fuerte”, me dije viendo al cielo.

—¡Scarlett! —gritó con fuerza.

—¿Cómo... sabes mi nombre? —le pregunté vacilando al descender de donde estaba.

—Pasé mucho tiempo en esa casa del otro lado— articuló sin siquiera mirarme.— Falta poco —continuó.

Cruzamos en zigzag por entre unos callejones para evitar pasar por el medio de la plaza, en donde se erguía una estatua desfigurada en el

centro de una fuente seca, que había sufrido igual o incluso más que los bastimentos que la rodeaba. Era innegable que el acto de humillación de lo que hubiese sido la figura de aquella imagen, se había hecho con el propósito de que fuera recordado por todos. Al final de la calleja, bajo un montón de columnas colapsadas, entre las raíces fosilizadas de un enorme tronco hueco, un grotesco hoyo era lo único que se advertía. Sin temor alguno, el conejo descendió por allí perdiéndose en su interior.

Miré a mi alrededor, pero no encontré otro camino más que por el que habíamos venido. “Ya no hay forma de volver atrás”, me dije poniéndome en cuclillas y asomando mi cabeza por el agujero. El olor a tierra podrida me recordó la vez en que le había ayudado a mi tía a remover de su jardín un tronco seco, que según ella, desentonaba en gran manera con sus primulas y violetas. Alargué mi mano para tratar de palpar qué tan profundo era el hoyo, pero no había nada. Caer era necesario, así que me arriesgué dejando que el boquete me tragara por completo.

“Peso pluma”. Literalmente me podía ver a mí misma de esa forma mientras caía. La oscuridad se comenzó a disipar mientras me acercaba más y más al fondo. Comencé a ver con más claridad lo que me esperaba al final de este tramo, y como si fuera la viva imagen de la bailarina de la cajita de música, con la punta de los dedos del pie, rocé la superficie del suelo hasta que todo en mí quedó en su lugar. El área que estaba bajo mis pies, hasta donde yo podía ver, se mantenía cubierta y envuelta bajo una gran alfombra con el mismo diseño de las hojas que adornaban el contorno del espejo por el que había cruzado. Además de que fuera el mismo esquema de base, superponiéndose a éste, un diseño floral magnificaba hasta seis veces más la belleza del tapiz. Me sentía con la libertad de atravesar por entre ese amplio campo de rosas, dalias, azucenas, dientes de león, margaritas, crisantemos, tulipanes, claveles, gérberas, orquídeas, fresias, y muchas otras clases que no conocía. Podría ser en verdad el campo de flores más hermoso que jamás había visto. “¿Cómo las habrán incrustado ahí?”, pensé mientras avanzaba abriéndome paso hasta una mesa de cristal fielmente sujeta al centro de la sala. No había reparado en qué era lo que le proporcionaba la luminiscencia a la sala, pero en cuanto lo noté, la idea de que aquello que estaba ante mis ojos fuera algo tan tangible e imposible a la vez, me sacudió la percepción de los sentidos. Aquellas rocas talladas y amoldadas a las formas de diferentes pequeños animales, me cortaron la respiración. Era increíble cada una de ellas. La tortuga irradiaba una luz verde mientras nadaba alrededor de la estancia con tranquilidad junto a un pez coi, que parecía entrever sus escamas entre un centelleo aguamarina y azul oscuro. Un pajarillo, con sus alas extendidas para dar un mayor alcance a su luz amarilla, planeaba en contra de las manecillas del reloj, mientras que un pequeño ratón corría indeciso por la marquesina, haciendo hasta lo imposible para que su brillo rojizo se notara. Tumbado y sin perturbarse por la carrera del diminuto roedor, ajeno a todo, un caniche dormitaba impávido mientras sus rizos se iluminaban

proporcionando una cálida luz blanca. El gato que seguía con la mirada cada uno de los movimientos del pájaro, se agazapaba para acecharlo de una manera anaranjada, controlando cada uno de sus movimientos. Por último, vi un conejo de pelaje rosa esponjado que observaba atentamente al resto de sus compañeros, moviendo su nariz y orejas púrpuras ante cualquier movimiento. Llegué a la conclusión de que nunca podría haber un solo tono, o un solo matiz, ya que cada una de las luces se combinaba al ritmo de cada uno de las estatuillas.

—Imposible, ¿no crees? —comentó mi compañero que había permanecido en silencio durante tanto tiempo.— Es gratificante saber que aún esta magia sigue viva.

Observé a mi alrededor saliendo de la hipnosis de aquel efecto tan maravilloso y sublime. “Puertas”. Las conté. Eran más o menos unas veintisiete yuxtapuestas a las paredes.

—Abre con la llave aquella —me dijo señalando una puerta de mediano tamaño con la perilla extrañamente hueca.

—No...— repuse secamente impresionada por mi falta de convicción.— No hasta que me digas qué es lo que hago acá, y cómo es posible. O si solo es una ensoñación —aclaré para que no me tomara por una chica sin razón.

—De acuerdo —cedió. Relajó su cuerpo y se sentó sobre sus cuartos traseros— Pero aún queda algo de camino por recorrer hasta llegar a nuestro destino. ¿No te importa, verdad?

—En lo absoluto —“Ya he aguardado lo suficiente como para querer esperar más”.

El conejo esperó hasta que yo me senté con cautela sobre la alfombra, quedando frente a él con mis oídos dispuestos a escuchar todo lo que pretendiera narrarme.

III

—La verdad, y para qué ocultarla— empezó diciendo el conejo—, es que Alicia nunca estuvo entre mis planes— pronunció lentamente—. Lo único que me interesaba era poder llevar a salvo una de las especias más raras y únicas que alguno de nosotros había llegado a probar. —se relamió— Claro que se ha vuelto ya muy común. Un sabor más con el que todos se adornan el paladar. Pero en aquel entonces, ya hace bastante tiempo, la pimienta era lo que movía a la alta sociedad para que se encontrase de manera furtiva en un mismo lugar. Dicho evento, era patrocinado por la

Duquesa, mujer bastante agridulce y adornada hasta el cabello de un sinnúmero de perlas. Básicamente se encargaba de preparar cada una de las comidas, de los postres, entremeses, bebidas, sopas, y de los olores de los platos fuertes.

Yo estaba dispuesta a escuchar cualquier clase de historia, incluso la de un aburrido banquete.

—No pienses mal de mí, por favor— me sugirió mientras se llevaba a la boca una margarita que había arrancado del tapiz al comenzar con su relato— Sé que no es lo más apropiado, pero voy a tratar de ser claro y conciso.

“Lo único que puede pasar en este momento es que mi estómago cruja de hambre”, pensé. Así que para distraer esa posible molestia, simplemente me quedaría en silencio y escucharía con atención, cada una de sus palabras.

* * *

CONEJO:

Me habían encomendado la coordinación de cada una de las tareas esenciales para la celebración del Trigésimo octavo partido puntiagudo de Croquet, al que como siempre, la Reina de Corazones, tenía como meta, batir su récord anterior. La caza de flamencos y la recolección de puercoespines ya habían sido encargadas con gran precisión al Sombrerero, y al Dodo que por la falta de equilibrio en uno de sus diminutos espolones, tenía que ayudarse de un bastón de madera que siempre crujía como si se fuese a romper debido a su desmesurado peso aviar. Los arreglos florales y el corte de los arbustos, estarían bajo la supervisión del As de diamantes y todo su mazo, claro que además, las cartas de picas les brindarían algo de ayuda de ser necesario. La música, ya fuese de baile de salón o simplemente como decorativo ambiental, no era preocupación alguna. El pequeño Lirón y el sonriente Gato de Cheshire, en su eterno correteo, nos brindarían divertidísima música de fondo para lo que quisiéramos. Sólo por esta ocasión, todos los caminos, sin importar su rumbo, llevarían a cualquier transeúnte al palacio real, donde a los más plebeyos se les daría entrada por el laberinto de enredaderas cuidadosamente selladas, para que esos molestos olores suyos, no se mezclaran con los de las finas sedas y sombreros de copa. Las luces y la ambientación nocturna, las dejaríamos en las múltiples manos de la Oruga, que confiando en sus grandes capacidades ilusorias, echaría mano del humo que no dejaba de fumar por su larga y enredada pipa.

Por suerte mi presencia no era requerida sino en cuanto a la realización del banquete se trataba. Mi papel, constaba en mantener

permanentemente a cada uno de los lacayos, sapos y peces, su piel bien húmeda, para que no tuviesen que estar con la cabeza metida dentro de una pecera todo el tiempo. Por eso, yo tenía que vigilar con cada uno de mis ojos, que ninguna escama se desboronara por el suelo. De no respirar adecuadamente, aquellos escuálidos peces, comenzarían a oler a podrido, y no habría más remedio que devolverlos al mar, obviamente excluyéndolos de su salario. Cada uno se encargaría de colocar las sillas con sus respectivas mesas, es decir, cuadros con cuadros, y rayas siempre, siempre, en las esquinas para que los colores primarios no desentonaran ni se fuesen a mezclar. Además de acondicionar cada uno de los lugares donde los invitados iban a pasar el rato, los sapos, caminando sobre sus ancas traseras, y sin saltar por supuesto, practicarían su marcha a través de las salas llevando consigo, muestras de vino y postrecillos diminutos que se agrandaban una vez saboreados, dando alivio a los más necesitados de un rápido bocadillo. Todo en perfecta coordinación.

Cuando me encontraba remojándole las branquias a uno de los pez lacayo, la Liebre de marzo llegó corriendo, y pasando por encima del grupo de pájaros que revisaba el estado de las cortinas midiéndolas con sus más largas plumas de colores, el alboroto se desató y fue imposible volver a las labores normales. Con mi mayor pésame, le di la despedida a mi perfecto itinerario.

—¡La pimienta! ¡La pimienta!— gritaba insistentemente.— ¡No puede haber banquete sin la pimienta!— repetía saltando frenético.

—¿Pero qué es lo que dices?— pregunté tratando de agarrarlo.

—¡La pimienta! ¡La pimienta!— vociferó antes de quedarse petrificado ante la súbita jaloneada de orejas.

La Liebre de marzo en cuanto la solté, comenzó a temblar como una gelatina, y apenas podía sostenerme la mirada. Por unos instantes vi un poco de cordura en sus ojos marrones, pero después de unos segundos, su mente comenzó a divagar entre los comentarios acerca a su adicción al té.

—El mejor es el de Fresia. ¡No! ¡De jazmín con jugo de moras silvestres!

A pesar de ser un lejano primo de mi familia, la compasión que teníamos hacia él, nos hacía blandos, razón por la cual muchos creen que nuestra carne es tan tierna en comparación a la de la ternera.

—¡Todo es culpa suya!— lloriqueaba atribuyéndole al Sombrerero su mala

suerte.

—Es del té.

—No por favor. A él no le culpes. Es inocente hasta el final de los tiempos. ¡Júralo!

—Lo juro— dije levantando un poco mi pata derecha para que no hiciera contacto con el suelo, y el juramento fuese válido.

—Se nos ha acabado— murmuró más sereno pero aun temblando.

No podía ocultar mi preocupación ante lo que me había dicho. Soltándolo inspiré hondo y miré mi reloj de bolsillo. 10:34 minutos. Esa mañana el tiempo había corrido con medida, pero dadas las circunstancias, era mejor no darle más cuerda y verificar su ritmo más tarde cuando la situación se hubiese calmado un poco. El único trabajo fijo que había logrado conseguir mi lejano primo, era el de catalogar y etiquetar las hierbas, mientras que con la debida paciencia, multiplicaba adecuadamente el volumen de cada uno de los frascos que contenían los ingredientes necesarios para este día en particular. Una tarea bastante importante. Sin embargo su desacierto en un decimal, lo hizo llegar hasta mí con un severo problema por resolver.

—18.27 gramos. ¡Lo juro!— dijo levantando su pata con inocencia. Era imposible señalarlo como culpable, ya que ese error nunca lo habría aceptado como suyo, sino de alguien más. Por eso era innecesario discutir con él al respecto.

—Es mejor que esto quede entre nosotros. No le vayas a comentar nada a la Duquesa— le murmuré advirtiéndole en la oreja que aún mantenía erguida. Su silencio lo delataba.—¿iLo sabe ella acaso!?

—No. Ni de chiste.

—¿Entonces?— aullé alzándome sobre las puntas de mis patas y mirando por encima de su hombro. Sin embargo su silencio solo empeoró la situación— Por favor... ¿A aquel esperpento?— Él lo único que pudo hacer fue asentir con la cabeza— ¡Estoy perdido! ¡No! ¡Estamos perdidos!— corregí tapándole la boca a mi primo por si éste emitía algún ruido indeseado.

—Se lo dije frente a su puerta— murmuró moviendo la nariz olfateando el aire con nerviosismo— Necesito algo de té.

—El té vendrá luego de solucionar tu... bueno, este error.

La Liebre de marzo se aventuró a decir su respectiva negativa frente a mi acusación, pero sus palabras fueron cortadas por el súbito tintineo de una campanilla. Aquel sonido solo podía proceder de un lugar. La cocina. Con el sigilo que caracteriza a mi especie, nos aventuramos por el pasillo deteniéndonos a escasos metros del marco de la puerta de vaivén, que siempre se encontraba dispuesta a ceder el paso. Otro tintineo. Luego uno más sumado al chirriar de las antiguas bisagras de la puerta de un armario, que se ajustaba entre el gigantesco horno y la máquina para hacer pasta. No teníamos más alternativa que aguardar a que lo que fuese a ocurrir, ocurriese de una vez.

De la penumbra de aquel viejo closet, lo primero que se asomó fue una nariz puntiaguda que resoplaba airada llena de harina, seguida de una mano algo regordeta con unas uñas afiladas listas para contar apios, y un copete encanado recogido seguramente por un moño de tela elástica. Solo algunos habíamos visto de frente a la Cocinera, y habíamos salido ilesos de aquel encuentro. Se rumoraba que era una devoratrís, y que su paladar era tan fino que le hacía competencia al de la Duquesa. Debido a su agorafobia, la mujer únicamente salía para estas fechas y otras tantas, mientras que el resto del tiempo, que oscilaba entre 283 o 321 días, se la pasaba encerrada en su pequeño armario. Por supuesto que los efectos de su condición desencadenaban en una forma de ser airada en contra del mundo que la rodeaba. Su único contentillo, era su espátula y su cucharilla de cobre con la que probaba todo lo que preparaba.

—Dile algo— dijo dándome un codazo mi compañero.

Lo miré con ansiedad, y humillado agachando la cabeza, caminé en cuatro patas al ras del suelo aguardando su reprimenda. Sentía mi corazón latir con prisa y la cabeza hirviendo en oxidación.

—Mi querido Señor Conejo— comenzó diciendo la mujer con una voz aterciopelada— El error de la Liebre de marzo recae sobre sus hombros, y no querrá que sus delicadas patas se ensucien con semejante brea.

—Por supuesto que no mi queridísima... Señora. Ahora mismo me encargaré de solucionar este mal entendido, y que su persona no se vea expuesta ante la carencia de pimienta.

—Lo vigilaré en todo momento— luego inspirando hondo añadió sentenciando amenazadoramente— ¡Pero qué tierno se le ve ahí parado! Es mejor que se apure antes de que lo pueda pinchar con un tenedor y servirlo con orégano y vegetales al vapor.

—¡Si...! Si mi Señora...— respondí titubeando para luego salir corriendo, y halando de paso a mi insensato primo por el rabo.

Quejándose y protestando, la Liebre de marzo trataba desesperadamente de zafarse de mi agarre, pero entre más intentaba escapar, yo le retorció con prisa cada mechón de pelo marrón de su cola. Caminamos por los pasillos que llevaban hacia una de las salidas traseras del castillo sin que nadie nos viera, salvo por unas doncellas que nos dieron permiso de ocultarnos debajo de sus faldones, lo que nos facilitó cruzar justo frente al odioso picaporte que siempre andaba de soplón, comentándole a la Reina de Corazones y a su séquito, quién se atrevía a mangonearle su reluciente nariz. Esperaba que al par de doncellas, no les diera también por cotillear luego de habernos ayudado.

Lamentablemente tras haber llegado al jardín, me horroricé al ver al Tres, al Ocho y al Nueve de picas ya comentando que iban a descansar por fin del trabajo que les había costado más de seis días seguidos. Se encontraban limpiando los restos de tierra tras haber terminado de trasplantar todos los rosales blancos ya maduros, y me saludaron muy orgullosos de haber concluido con su labor.

—¿Pero qué han hecho?!— grité corriendo hacia ellos aún con el rabo de mi primo entre mi pata.

—Ya hemos terminado Señor Conejo— dijo sonriéndome orgulloso el Ocho de picas.

—¿Dónde está el Az de diamantes?— pregunté.

—Él hace rato que se fue a buscar las tijeras de podar, y no ha vuelto.

—Seguramente se está escondiendo de mí— le aclaré.

—¿Pero por qué?— replicó el Tres de picas.

—Porque explícitamente solicité que fuesen sembrados los rosales de rosas rojas. No los blancos.

—¡Ohi— atinó a balbucear el Nueve de picas.

—Ya no hay más nada que hacer sino replantar los rojos y quitar los blancos.

—¡Pero nos llevará seis o siete días más!— replicó el Ocho.

—No tengo nada más que decir. ¡Las rosas tienen que ser rojas!— les ordené— Luego hablaré con el responsable.

—Pero qué incompetencia— comentó la Liebre de marzo a las tres pobres cartas que no salían de su desconsuelo— Deberían tomarse una taza de té de valeriana con tres lágrimas de pereza. Eso siempre me calma. Pero eso

sí. No se les olvide revolverlo bien antes de tomarlo, ya que podrían quedarse dormidos.

Las tres picas lo miraron con agradecimiento, y comenzaron a remover de nuevo la tierra del último rosál plantado para arrancarlo de raíz.

—Tendremos que acortar camino por aquí— inquirí reanudando la carrera a través de una puertecilla secreta disimulada entre una de las paredes del laberinto— Así evitaremos dar toda la vuelta.

El brillo del sol iba en aumento. El calor y la humedad de la vegetación hacía que me sudara la nariz y el interior de las orejas. Nuestro paso se hizo cada vez más lento y pesado. Los carteles al borde del inmenso bosque aún no habían cambiado de lugar ni de nombre, pero debido al letargo de media mañana no estaba seguro de por dónde coger.

—¿No hay necesidad de recurrir a un mapa, o sí?— preguntó la Liebre.

—¿Qué dictan tus bigotes?

—Sé que no son de fiar, pero en un día como este lo mejor sería caminar apartados del sendero principal, en caso de que nos pudiese salir alguna fiera salvaje.

—Cierto— cavilé— Llevo tanto tiempo entre órdenes y papeleo, que he olvidado por completo cómo vivir a la intemperie.

—No te preocupes— me animó dándome unas palmaditas en el lomo— De seguro que con un poco de té la mente se nos aclara.

No discutí. En cambio ayudé a colocar la merienda del medio día sobre un blanco mantel almidonado. Dos trozos de tarta de manzanas, mermelada de mora embotellada y un par de tenedores pequeños dispuestos con decoro junto a los platos. El té preparado por el experto que tenía junto a mí, rebozaba de una tonalidad rojiza, pero su sabor era un tanto ácido. Fácilmente se podría confundir con la esencia de la lima-rosa, pero en realidad era la sutil mezcla de limón, fresas frenéticas y media cucharadita de colorante magenta reposado previamente en la tetera. Claro que en el agua hirviendo que gorgoteaba en el fogón, era un elemento imprescindible.

—A penas unos cuatro minutos más y ya está— murmuró la Liebre de marzo sin dejar de machacar en un mortero el limón y las fresas.

El fuego que habíamos hecho a partir de unas ramas secas y un fósforo, era la base para que el té quedara en su punto, pero si no hubiese sido por el ingenio de haber hecho una especie de trípode del cual colgaba por medio de un gran gancho de pesca la tetera sobre aquella fogatilla, todo

habría devenido en un desmesurado fracaso.

—Paciencia— dijo mientras seguía contando en voz baja— Ciento noventa y ocho. Ciento noventa y nueve...

Pasados los minutos enumerados segundísimamente, se sirvió el té en la loza plegable ya preparada.

—¡Exquisito!— exclamé, y con una inclinación de cabeza, me agradeció el cumplido.

Con presteza recogimos todo y lo guardamos entre los bolsillos de la ropa, nos limpiamos los bigotes y nos sacudimos las migajas del pelo.

—El mejor camino para llegar al gran Sequoya Roja, podría ser este— dijo señalando uno de los carteles en cuya madera rezaba: PINK-TWINS ROAD.

El árbol gigante estaba arraigado en medio del bosque. Por ahora era nuestra alternativa más rápida para llegar a la superficie.

IV

Lamentablemente teníamos que andar con sumo cuidado por estos lares. No sólo por el temible Jabberwocky, sino también por el undócil Bandersnatch y la potente ave Jubjub. Los tres dominaban este territorio boscoso y rondaban silenciosamente por entre los arbustos. Particularmente le temía mucho al ave Jubjub, y más después de todas las historias de terror que mis padres me contaban sobre ella. “Nunca te dejes ver por este volador silencioso. Usará tu piel para cubrir a sus polluelos y tu carne los alimentará durante el frío invierno”. “Con sus afiladas garras te traspasará como si fueses mantequilla, y no sentirás nada”. Aquella ave de rapiña no me pillaría con la guardia baja, y menos en este momento cuando la supervivencia del banquete estaba en mis patas.

Olfateando el aire con sigilo, dábamos tímidos pasos entre la maleza. Nuestras orejas eran como radares en busca de peligro. No entendía cómo dentro de este boscaje, un par de gemelos vivirían tan tranquilamente ajenos a lo que los rodeaba. Además de las bestias salvajes, la traicionera flora estaba encantada de tener entre sus raíces y troncos, flores de colores cambiantes, que pretendiendo ser otra planta, envenenaban tu cuerpo si las escogías mal para una cena.

—Tweedledum y Tweedledee— dijo en un susurro mi primo— Hay que andarse con mucho cuidado con ellos. Nunca trates de hacerlos entrar

en razón. ¡Es algo completamente inútil! Ojalá no fuese este su dominio.

—¿Pero por qué te preocupas tanto? —pregunté relajando los músculos de los hombros.

—Digamos que es cuestión de saber anticiparse a lo que ellos van a hacer o a decir. Y eso Conejo...ies algo completamente imposible!

—Nunca me ha tocado verme en tan desdichada posición.

—Intentar parar las historias caóticas y los planes que ellos hacen para ti, como ya te lo dije, es imposible —dijo cambiando su postura y enderezando su torso para ver más allá de un pequeño riachuelo —He sabido de muy buena fuente, y no me preguntes de cuál, que la Cocinera vivió con ellos una semana completa.

—Con razón aquella mujer es tan malhumorada.

—No sólo fue eso lo que derivó su mal carácter —dijo antes de saltar el arroyo— Ella trabajó como institutriz de aquellos dos traviesos.

—Eso no es un secreto —refunfuñé saltando con ligereza.

—Las incontables travesuras que esos dos le hicieron a la pobre... Y pensar que pudo llegar a ser alguien encantadora —dijo en un tono de desánimo.

—Esa clase de heridas no sanan. Y después de tantos años, ¿la recordarán?

—Por supuesto. Es la persona más cercana con la que han vivido, además de ellos mismos claro.

—Espero que no nos tomen por intrusos.

Continuamos con precaución bordeando el sendero principal, y aunque nos costara la vida, llegaríamos hasta el gran Sequoya Roja para subir a la superficie.

El pasaje estaba húmedo y pegajoso. Odiaba tener que manchar mi blanco pelaje con tal suciedad. Musgo, barro, hongos, ramitas, espinas, y muchas otras cosas que ni quería saber qué eran, se metían entre las almohadillas de mis patas. No estaba acostumbrado a tal maltrato, pero entre más rápido avanzáramos, más pronto podría encontrar una fuente en la cuál que lavarme. Miré de reojo a mi primo mientras que nuestras zancadas se hacían cada vez más grandes. Me pareció que hace mucho tiempo no sentía esta clase de libertad, sin encargos reales o escopetas

escupiendo indiscriminadamente. Pero no estábamos a salvo del todo.

Desde la distancia, entre la alta hierba, oímos a los dos peculiares hombrecillos discutir gritándose a pleno pulmón pese a que caminaban tan juntos como siameses, vestidos como soldaditos paseándose despreocupadamente por el sendero.

—¡Apuesto que nos des-invitaron de nuevo! —dijo riendo Tweedledum.

—¡Si así fuera... —repuso su hermano— nos lo habrían dicho!

Esperaba con cada uno de mis bigotes, que al final contáramos con algo de suerte para que no nos vieran.

—Conejo creo que...

—!Shhhhhhhhi —le tapé la boca con brusquedad.

Inmediatamente nos acurrucamos haciéndonos un ovillo, tiesos, casi sin respirar. Alertas.

—¡Dee! —gritó su gemelo— ¡Oí una voz!

—¡No es cierto! —repuso energúmeno su hermano— ¡Habría sido mi mente la que escuchaste!

—¡Dee. Sabes que eso no es verdad! ¡Siempre te escucho fuerte y claro! —elevó su voz chillona el otro.

Congelados y resguardados por el leve ulular del viento, olfateamos un viento dulzón.

—¡Dee el pastel! ¡Se quema!

¿De eso se trataba? Pese a la tensión del momento mi nariz no podía ignorar aquel estímulo. Pastel de zarzamoras del Gratil. Mirando de reojo a la Liebre, supe que luchaba contra sus impulsos merendíticos tratando de ignorar con todas sus fuerzas, los pensamientos idóneos para un teítico acompañamiento para aquel pastel. Unos leves espasmos le recorrían el cuerpo, y su boca mascullaba mezcolanzas inaudibles para mí. Finalmente pudo reprimirse mientras aquellos locos corrían hacia su cabaña.

Dejé que se alejaran junto con sus sombras hasta mezclarse con el follaje del denso bosque antes de reanimar las conexiones sinápticas

encargadas de mis movimientos. Inspiré profundamente aliviado.

Apenas estuvimos seguros de que se habían esfumado, nos despetrificamos y respiramos hondo aliviados. No nos habían visto para nuestra suerte.

Según el sol, parecía que ya eran más de las tres de la tarde, sin embargo nada era más confiable que mi reluciente reloj de bolsillo.

—¿Es ese el reloj de tía Miriam? —inquirió.

—No. De hecho esta confiable máquina llegó a mis manos el día en que me asignaron el cargo que aún mantengo con honor en la corte —le dije comprobando que sí eran más de las tres de la tarde— Le doy cuerda todas las mañanas a la misma hora y nunca me ha fallado.

—Por lo que veo, es un artefacto de colección.

—Algo así. Es como una reliquia del Tiempo.

Nuestras conversaciones siguieron fluctuando entorno a la familia. Mi madre cruzaba por una etapa de felicidad inconmensurable al verse libre de la crianza, ya que la menopausia le había cobrado factura. Mi padre sin embargo se enfurruñaba con ella por no querer continuar con su estirpe. Por parte de la familia de la Liebre de Marzo, catorce de sus hermanas habían decidido casarse con el mismo roedor, el vital "Anquio", y ninguna tenía ni una sola queja.

—Espero que su virilidad nunca quede en duda —comenté riendo.

Me enteré que el primo cuarto de la sobrina de mi hermano había cometido la barbaridad de casarse con su propia huerta, y que de tanto pelear con ésta, había decidido no cuidarla ni podarla nunca más.

—Ahora es un feliz divorciado mujeriego, que evita a toda costa tratar el tema de semillas y tierra —comentó mi primo.

Así transcurrió toda la tarde hasta que poco a poco el sol se fue escondiendo y la espesura de la noche devoró la claridad. Este era mi momento favorito cuando del musgo y de las flores, brotaban luciérnagas de todos los colores. Flotaban arriba de nuestras cabezas, zumbaban entre los capullos, o se lograban esconder entre las grietas y hoyos. Era todo un espectáculo. La mayoría de ellas se concentraban en su labor al iluminar el sendero para los transeúntes del camino PINK-TWINS ROAD. Había otras que hacían de señalización intermitente para los tantos carteles que abundaban en todas las direcciones.

iiiPELIGRO!!! EL JABBERWOCKY DUERME

LA MÚSICA ESTÁ PROHIBIDA EN ESTA ZONA.

CUIDADO CON EL ACANTILADO TRES PASOS ADELANTE: si usted tiene por talla de pie, pata, espuela, garra, cazco o pezuña un 32, cuente dos pasos más.

LOS ESCARABAJOS CARNÍVOROS SON INTOLERANTES. (Antes de seguir, deshágase de compañeros ruidosos, gritones, molestos, fanfarrones, graciosos y distraídos).

ASEGÚRESE DE LLEVAR CONSIGO UNA BARRA DE MALTA NÚMERO 57 POR SI NECESITA ALGO DULCE.

FLORES SALVAJES/SILVESTRES (muerden).

NO MOLESTAR.

SI QUIERE RECITE UNO O DOS VERSOS POÉTICOS.

SE BUSCA: Mapache de pelaje manchado y garras sucias.

ZONA DE LLUVIA ÁCIDA.

CABAÑA DEL LEÑADOR.

SOLDADOS DE AJEDRÉS EN PARTIDA. Caballos, torres y alfiles en posición.

ZONA DE CULTIVO DE TÉ.

Ignoré por completo este último cartel, e incluso me vi obligado a girarlo para que la Liebre no sufriera otro ataque. Caminamos otro tanto hasta que por fin vislumbramos lo que estábamos buscando. Un cartel particularmente desgastado sobresalía entre las hojas rosadas de un arbusto que cubría toda la base del gigantesco árbol.

GRAN SEQUOYA ROJA

—Llegamos —dije suspirando de alivio.

—Es blanco —comentó contrariado.

—Sí, es rojo en el día, pero la temperatura de la corteza desciende demasiado en la noche.

La entrada estaba a plena vista. La tierra fresca precedía el umbral, y una suave brisa nos llegaba desde el interior.